

cosas como: “¿cómo asumir un racionamiento de gran escala [con criterios de justicia] sin apoyarse en el Estado?”. Sin embargo, para la reconciliación estratégica que se propone, igual hace falta profundizar más en la crítica al Estado como institución de cambio. Partir de la base de que el Estado ni ha sido ni puede ser una institución democrática, pues se creó y existe como mecanismo de sometimiento de unas clases sociales sobre otras. Hay elementos estructurales que se lo impiden, como que necesita crear mayorías homogéneas para funcionar o que sus estructuras están totalmente trabadas (por no decir que son dependientes) del capitalismo. Además, solo si hay personas con otros sistemas de valores habrá sociedades realmente emancipadas. Pero, para construir esa sociedad y esas personas (algo que hay que hacer al tiempo) es imprescindible que la gente sea protagonista de los cambios, que no vengan desde arriba.

El autor lo apunta, pero igual hubiera sido necesario reforzar más la idea de que el Estado no es ni puede ser un actor del cambio necesario, sino que, en el mejor de los casos, sería un catalizador de estos. Esto no es una tarea pequeña ni banal, pero sí es una función que sitúa el peso de la responsabilidad y de la acción fuera de las instituciones estatales.

Otra discusión que aflora de estos tres capítulos es la que proviene de la siguiente afirmación: «la división fundamental de este nuevo momento histórico, que pienso no es izquierda-derecha ni autoritarios-libertarios, sino entre decrecimiento-crecimiento o, expresado de otra forma, entre ecologismo-industrialismo». Creo que el autor acierta al subrayar el elemento que condiciona de forma central nuestro momento histórico. Pero es importante subrayar (y el texto va en ese sentido) que las relaciones de dominación sociales no funcionan de forma separada. A lo largo de la historia, se ha podido apreciar una interdependencia del control de la naturaleza y del control de las personas con distintas jerarquías (clase, género, religión, etnia, etc.). En mi opinión, no habrá una liberación de una

antes que de las otras, sino que la liberación solo podrá ser de todas a la vez, pues forman un *corpus* de visión del mundo y de forma de actuación en él.

El último capítulo del libro antes de las conclusiones se centra en escenarios y estrategias de la izquierda frente al colapso. Va repasando la estrategia «franca dura», la «franca ilusionante», la «progresiva», la «hipócrita por necesidad», la «criptoderrotista», la «pasivo-facilitadora», la «liquidadora del Estado». Manuel Casal no vende recetas mágicas, sino que se esfuerza en mostrar las potencialidades y las limitaciones de cada una de ellas en un ejercicio valioso y valiente de política ficción. Con diferencia, es el capítulo en el que se posiciona menos y en el que, por lo tanto, da pie a una discusión más abierta con el/la lector/a sobre qué estrategias llevar a cabo en cada momento y en cada territorio, entendiendo que, inevitablemente, tendrán que ir variando. Es un capítulo muy estimulante.

En definitiva, *La izquierda ante el colapso de la civilización industrial* es un libro muy recomendable por abordar el tema central de nuestro tiempo. Aporta ideas potentes para un debate, y sobre todo unas prácticas, imprescindibles.

Luis González Reyes
Miembro de FUHEM y de
Ecologistas en Acción

MORIR EN MÉXICO. TERROR DE ESTADO Y MERCADOS DE LA MUERTE EN LA GUERRA CONTRA EL NARCO

John Gible

La Oveja Roja, Madrid, 2017

172 páginas

Conviene copiar la justa y sentida dedicatoria de los editores: «Este libro representa también un homenaje a los y a las periodistas que desempeñan su trabajo aun arriesgando su vida, y a

los que han muerto, víctimas de esta guerra» (p. 9). También esta reseña quiere contribuir a ello. Lo mismo que la viñeta, en el libro incluida, de Antonio Helguera, «Morir en México» (p. 7), publicada inicialmente en *La Jornada* el 15 de marzo de 2010.

Con las siguientes palabras empieza John Gibler su relato: «Los hechos son tan aterradores que rebasan los límites de todo lo creíble» (p. 11). Tiene razón, no exagera. Un ejemplo: «¿Quién creería, por ejemplo, que la directora de una prisión estatal dejaría salir en la noche a un grupo de asesinos convictos y les prestaría vehículos oficiales, fusiles de asalto automáticos y chalecos antibalas para que pudieran matar a decenas de inocentes en un estado vecino, cruzar rápidamente, la frontera estatal y regresar a la prisión, tras las rejas de una cortada perfecta?» (p. 11)

Sobre el autor: John Gibler (Texas, 1973) llegó a México como periodista independiente atraído por el movimiento zapatista y las movilizaciones sociales de Oaxaca el mismo año en que el presidente de la República, Felipe Calderón, declaraba «la guerra contra el narcotráfico». Era 2006, desde entonces reside en México. Es autor de *Fue el Estado: los ataques contra los estudiantes de Ayotzinapa* (2016) y *Tzompaxtle: la fuga del guerrillero* (2014).

La estructura del libro: cinco capítulos, cinco aproximaciones desde diferentes y complementarias perspectivas, a la temática (la historia del México más reciente y de sus numerosos mártires obreros y campesinos), más un epílogo para la edición española –«Terror de Estado y mercados de la muerte» (pp. 151-167)–, las fuentes usadas, los agradecimientos y la bibliografía. No es necesario en este caso un índice nominal y/o analítico.

Un comentario de los editores con el que se abre el libro: «Las cifras aumentan cada día. Este libro se nutre de un trabajo periodístico que finalizó en 2011, año de su publicación en Estados Unidos bajo el título *To Die in Mexico, Dispatches from inside Drug War* (City Lights). Por ello, muchas cifras se remiten a ese

momento» (p. 9). A mediados de 2012, prosiguen, fecha de publicación de la edición mexicana de *Morir en México* (Sur+), «el número de muertos en la llamada guerra contra el narcotráfico emprendida por el gobierno mexicano alcanza los 60.000» (p. 9). La edición española no llegó hasta 2016. «Se calcula que para entonces la guerra contra el narco había dejado 175.000 muertos y casi 30.000 desaparecidos. Las cifras no dejan de aumentar. La guerra continúa» (p. 9). No es una metáfora: las cifras aumentan y la guerra contra los sectores más desfavorecidos del pueblo de México, y contra la ciudadanía en general, sigue en pie de horror y destrucción.

Una de las tesis del autor: «la guerra contra el narco no puede entenderse como un fracaso de varias décadas en la represión, sino más bien como una de las múltiples transfiguraciones de las nunca totalmente extintas guerras coloniales, como una forma muy productiva, racializada, de crear terror: produce riqueza, discursos de legitimidad, carreras personales, indemnizaciones, terror y muerte y muerte-en-la-vida» (p. 168). Otra más: «A menudo, el fracaso de la guerra contra el narco se presenta como la inevitable inferioridad de la política frente al poder del mercado. Pero, ¿acaso están separados? La política –la guerra– crea nuevos mercados y reestructura a los existentes» (p. 158). Una tercera: «Y esta es la guerra en la que debemos luchar. Contra un futuro de hambre, de migración forzosa y de mal disfrazado trabajo esclavo» (p. 149). No, propiamente, en la narcoguerra. «Porque la narcoguerra –tal como la diseña, la combate y la impone a otras naciones el Gobierno de los Estados Unidos– no es una guerra de creencias políticas, de manifiestos y declaraciones, una guerra por la patria, por la defensa de la nación o por la liberación» (p. 149). La narcoguerra es, señala Gibler, «una guerra subsidiaria por el racismo, la militarización, el control social y el acceso a toneladas de dinero en efectivo que la ilegalidad posibilita. La narcoguerra en sí es una empresa violenta y criminal. Quedarnos de brazos cruzados y verla

propagarse es entrar al ámbito del silencio que envuelve a todas las muertes anónimas, agachar la cabeza y esperar nuestro turno» (pp. 149-150).

La última consideración que recogemos, hay muchas otras de interés: «No debería sorprendernos que la industria maquiladora de Juárez se mantenga inmune a la muerte y al caos a su alrededor. Las maquiladoras y el narcotráfico son dos engranes de una sola economía, y en Juárez estos engranes se encuentran y giran juntos. Más de 2.000 camiones y 34.000 coches cruzan de Juárez a El Paso todos los días» (p. 136). Ya en 2009 «más de 42.000 millones de dólares en comercio legal atravesaron la frontera entre Juárez y El Paso» (p. 136). Se calcula que de 1,5 a 10 millones de dólares en drogas ilegales «atravesan la frontera de Ciudad Juárez a El Paso todos los días. ¿Cómo crees que las drogas –paquetes voluminosos y pesados de cocaína, marihuana, heroína y metanfetaminas– atraviesan la frontera? ¿Dónde hay la infraestructura y la capacidad organizativa necesarias para transportar esa cantidad de mercancías?» (pp. 136-137).

No se lo pierdan. Vale la pena leer y sentir este *Morir en México*, más allá de sus coincidencias o no con algunas categorías, algunos nombres y algunas reflexiones político-filosóficas generales del autor de las que, yo por ejemplo, ando algo alejado en ocasiones.

Les advierto, eso sí, que el descenso a las tinieblas no es en este caso una figura literaria más o menos afortunada. Tan real como la barbarie. Y una barbarie que no cesa.

Mientras escribía esta nota me llegó una información de una amiga argentina residente en los Estados Unidos: habían asesinado a Javier Valdez, corresponsal de *La Jornada* en Sinaloa (el cuarto capítulo del libro se centra en este estado mexicano). El periodista y escritor fue abatido a tiros en Culiacán, capital del noroccidental estado de Sinaloa, proseguía la noticia. Valdez, quien en 2011 obtuvo el Premio Libertad de Prensa del Comité para la Protección de Periodistas y el Maria Moors

Cabot con el equipo del semanario *Ríodoce*, fue interceptado y atacado a tiros desde un vehículo cuando caminaba por la calle. Valdez, experto en narcotráfico y violencia, fundador de 'Ríodoce' y autor de obras como *Narcoperiodismo* o *Levantones*, es el sexto periodista al que matan en lo que va de año (mayo de 2017). De 50 años, el periodista quedó tendido boca abajo en el pavimento, muy cerca de las instalaciones del semanario que fundó hace varios años.

Los otros nombres de periodistas asesinados en lo que va de 2017: 1. Cecilio Pineda (Guerrero), *La Voz de Tierra Caliente*. 2. Ricardo Monlui Cabrera (Veracruz), *El Político/El Sol de Córdoba*. 3. Miroslava Breach (Chihuahua), *La Jornada*. 4. Maximino Rodríguez Palacios (BCS), *Colectivo Pericú*. 5. Filiberto Álvarez (Morelos), emisora *La señal de Jojutla*. Javier Valdez es el sexto.

Hay más nombres que añadir. La muerte y el horror continúan.

Salvador López Arnal

Miembro de CEMS (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales) de la UPF

LA ECONOMÍA MUNDIAL: ENFOQUES CRÍTICOS

Pedro José Gómez (coord.)

FUHEM Ecosocial/La Catarata, Madrid, 2017
287 páginas.

La dilatada crisis económica que padecemos desde hace ya una década, ha tenido como efecto colateral positivo el retorno de publicaciones críticas en ciencias sociales que desde diversas miradas vienen a cuestionar las posibilidades del orden capitalista. Con *La economía mundial: Enfoques críticos* se nos ofrece una visión de panorama a nivel teórico y metodológico de un conjunto de perspectivas económicas heterodoxas para el estudio de la economía